

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:  
Reivindicación de la libertad creativa

Autor/es:  
Ortiz, Áurea

Citar como:  
Ortiz, Á. (2001). Reivindicación de la libertad creativa. La madriguera. (42):63-63.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/42006>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



# REIVINDICACIÓN DE LA LIBERTAD CREATIVA

CRÍTICA

**Lucía y el sexo**

**Julio Medem**

España, 2001

*Lucía y el sexo* es deslumbrante, fascinante, bella y, al mismo tiempo frustrante e irritante. ¿Por qué? Porque, como en el resto de películas de Julio Medem, las imágenes poderosas y magníficas, de una belleza inusual en el cine actual, ilustran un guión muy lejos de esa perfección visual. Hay en *Lucía y el sexo* algunas de las imágenes más bellas que ha creado Medem hasta la fecha, y ya van unas cuantas. Son planos que se quedan enganchados a la retina del espectador y que nunca va a olvidar. Los primerísimos planos de Paz Vega y Elena Anaya, la luz extraordinariamente blanca de la isla, el montaje de la secuencia clave que provoca el drama del escritor... y muchos más. Medem hace gala de una libertad total en su concepción visual; manipula, retuerce y modifica el material rodado en video digital, al que saca un partido inmenso, hasta conseguir maravillas. La primera parte de la película es arrolladora. La huida de Lucía en el presente y, en el pasado, el encuentro entre Lucía y Lorenzo y su historia de amor, se van entremezclando mediante elipsis y encadenados de gran inventiva que dotan de indudable fluidez a este ir y venir en el tiempo. Sin embargo, la película toma otro derrotero con la aparición del personaje de Belén (Elena Anaya), y parece convertirse en otra historia, y aunque es esencial para el conflicto, no está bien encajado narrativamente. Ahí la película se quiebra. Las imágenes siguen fascinando, pero Lucía (bien interpretada por Paz Vega) pierde protagonismo y eso va en detri-

mento de la historia, porque es un personaje muy vigoroso que se va desdibujando progresivamente y perdiendo coherencia. De aquí al final, visualmente es impecable pero en el plano narrativo la película se cae, la trama se hace forzadísima y algunos diálogos chirrían enormemente por absurdos, engolados y pueriles.

No cabe duda de que Medem tiene su propio mundo y algo que contar, lo cual ya le sitúa muy por encima del grueso del cine español, pero tampoco cabe duda de que a veces no sabe cómo ordenar ese mundo; hablando en términos cinematográficos, cómo configurar el relato. Lo que, por otra parte, es uno de los temas recurrentes de su obra desde *Vacas*; esto es, la reflexión sobre la propia narración y los mecanismos de la ficción. *Lucía y el sexo* no escapa a esta constante y continúa lo que ya habíamos visto en su anterior obra. Una historia enrevesada, por no decir inverosímil, muy trágica, y cuyo elemento cohesionador es el azar. Los personajes acaban relacionados entre sí por un destino que no pueden controlar de ningún modo, arrastrados por sucesivas cadenas de casualidades. Y por eso, es sorprendente cómo Medem se empeña en crear estructuras cerradísimas como la isla que todos buscan, significados unívocos, enigmas siempre resueltos y misterios aclarados. A cada objeto le corresponde su par, a cada símbolo le corresponde su significado. Es como si la estructura del film y las imágenes desmintieran ese azar om-

nipresente. Todo está ordenado y controlado, todo encuentra su hueco. Quizá en esa paradoja resida la distancia, la fisura entre la primera y la segunda parte de la película que también es palpable en sus otros films, particularmente en *Los amantes del círculo polar*. Mientras va presentando los personajes, el amor y la entrega que surge entre ellos, la emoción y el sentimiento, todo funciona admirablemente y con una gran coherencia; pero cuando ha de resolver el conflicto, dar una solución al drama que el azar ha provocado la coherencia se pierde. El control y el orden no pueden resolver satisfactoriamente los enigmas.

Sin embargo... hay que admirar y defender el cine de Medem como un acto de libertad creativa, en un momento en el que el cine en general, y el español en particular, no se caracterizan precisamente por su capacidad de innovación o experimentación. Y hay que confiar en el director: el día que tenga un buen guión nos regalará, sin duda, una obra maestra. Por eso, aunque sus películas sean imperfectas, aunque algunos diálogos estafalarios provoquen nuestro enfado, aunque esos guiones al borde del absurdo nos molesten, en el balance final pesa más el riesgo, la inventiva visual, la profunda emoción que provocan las imágenes, el descubrimiento constante de la maravilla. ¿Cuántas veces nos encontramos con la belleza y la emoción en una pantalla?

**Áurea Ortiz**